



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 8, Núm. 2, pp. 1202-1216 - ISSN 2027-5528

Los discursos de los docentes en los procesos de memoria

The discourses of teachers in memory processes

Angélica María Valencia Murillo

Colegio Veinte de Julio IED
orcid.org/0000-0003-0068-3887

Recibido: 18 de mayo de 2017

Aceptado: 1 de julio de 2017



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Los discursos de los docentes en los procesos de memoria¹

Angélica María Valencia Murillo
Profesora Colegio Veinte de Julio IED

Licenciada en lingüística y literatura. Magíster en
Comunicación, Desarrollo y Cambio Social de
Universidad Santo Tomás, Bogotá- Colombia.

Correo electrónico: angel.val7@hotmail.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0003-0068-3887

Resumen

Son muchos los acontecimientos que han marcado nuestra historia como país. La educación hace su papel de mediadora de saberes en el momento de conocer, recordar, conmemorar e incluso celebrar en torno a estos acontecimientos. Sin embargo, consideramos que hay una tendencia a desconocer, o si se conoce a olvidar, lo que ha sucedido cuando estos sucesos son negativos o pueden influir de manera destructiva en nuestra sociedad. Hecho que nos quita parte de la memoria y nos hace ser ciudadanos incompletos. Aquí es donde radica la acción fundamental del personal docente de los colegios, quienes tienen en sus manos la formación de unas futuras generaciones que cuentan con grandes posibilidades de ser excluidas si no se reconocen como ciudadanía crítica y reflexiva, capaz de tener participación activa en los procesos históricos que requieren transformaciones desde y para su entorno. Esta ponencia expone cómo el lugar de la memoria histórica de Colombia está presente en los discursos de los docentes de “Ciencias Sociales” del Colegio Veinte de Julio IED, en particular cuando se habla del concepto masacre. Se parte de los lineamientos, estándares curriculares y planes de estudio de esta área y de los posibles discursos que los educadores relatan a los estudiantes sobre las masacres.

¹ Ponencia presentada en el III Encuentro Nacional de Historia Oral y memoria: “Usos, construcciones y aportes para la paz” y II Encuentro Distrital de experiencias de Historia Oral: “Archivos, Historias de Vida, Memorias e Identidades”. Bogotá D.C. mayo 18, 19 y 20 de 2017.

Palabras clave: Memoria, masacres, discursos de los docentes.

The discourses of teachers in memory processes

Abstract

There are many events that have marked our history as a country. Education plays its role as mediator of knowledge at the moment of knowing, remembering, commemorating and even celebrating around these events. However, we consider that there is a tendency to ignore, or if we know to forget, what has happened when these events are negative or can have a destructive influence on our society. Fact that takes away part of the memory and makes us be incomplete citizens. This is where the fundamental action of the teaching staff of the schools lies, who have in their hands the formation of future generations that have great possibilities of being excluded if they are not recognized as critical and reflective citizens, capable of having active participation in the historical processes that require transformations from and for their environment. This presentation exposes how the place of the historical memory of Colombia is present in the discourses of the teachers of "Social Sciences" of the Colegio Veinte de Julio IED, particularly when talking about the concept of massacre. It is based on the guidelines, curricular standards and curricula of this area and the possible speeches that the educators tell the students about the massacres.

Keywords: Memory, massacres, discourses of teachers.

Hoy en día la escuela necesita cambios cruciales en su forma de enseñanza, precisa aprender a tener memoria, una memoria que refleje los acontecimientos de su cotidianidad y así mismo afiance saberes que evidencien vivencias de lo local a lo global. De esta manera, es importante reconocer que la escuela se debe acercar a hechos y realidades de violencia que nuestro país ha vivido y vive a diario, hechos que circundan en las acciones de sus pobladores y que repercuten tanto en las ciudades como en el campo. La presente

ponencia se propone reflexionar en torno al fenómeno que hoy en día se presenta en Colombia con respecto al conflicto armado y los diferentes actores que intervienen en él, desde una hipótesis a desarrollar “*la presencia de la memoria en los discursos de los docentes.*”; de esta manera, se pueden establecer una serie de acciones sobre el papel de la escuela ante este tipo de problemáticas que deben ser trabajadas con el fin de desarrollar un pensamiento crítico más elaborado y transformador del medio teniendo en cuenta la formación del educando como ciudadano.

La memoria es un concepto fundamental de trabajo en el marco de interés de esta investigación, puesto que atiende de manera central a recordar el pasado que se instaura en el presente a partir de las diferentes luchas y pugnas por reconocer su valor histórico y político en la actual sociedad colombiana. Desde esta perspectiva Elsa Blair Trujillo (2005) se ha convertido en una de las investigadoras colombianas que se acerca a varios conceptos relacionados con esta categoría. En su artículo “Memorias de violencia, espacio, tiempo y narración” (Blair, 2005) hace referencia a Elizabeth Jelin (2002) con *Los trabajos de la memoria*, en este volumen que forma parte de la serie de libros Memorias de la Represión muestra los resultados de un programa desarrollado por el Panel Regional de América Latina (RAP), generando avances teóricos y de investigación que contribuyen a enriquecer los debates sobre la naturaleza de las memorias en la región, su rol en la constitución de identidades colectivas y las consecuencias de las luchas por la memoria sobre las prácticas sociales y políticas en sociedades en transición.

Jelin enfatiza en el hecho de poner a la persona y a la sociedad en un lugar activo y productivo, mediante ejercicios de transformación social, que generen desde diferentes perspectivas actividades que propendan por la reflexión y el análisis crítico sobre situaciones o hechos que han ocurrido, siguen aconteciendo y permiten al individuo y a la sociedad enfatizar en procesos de empoderamiento con respecto a dichos sucesos. Analiza la memoria como categoría social que conlleva a referirse a los actores sociales, a su uso (abuso, ausencia) social y político, las conceptualizaciones y creencia del común; así

mismo, la plantea como herramienta teórico-metodológica (desde las conceptualizaciones de las diferentes disciplinas y áreas de trabajo. Reconoce que las memorias involucran procesos subjetivos, que dejan huellas de forma simbólica y material; son objeto de disputa, conflicto y luchas, que conlleva a los participantes a tener un rol activo según las relaciones de poder.

Se trata entonces de establecer la memoria como un recurso para la investigación, de obtener y reconstruir datos sobre el pasado; en ese papel de la investigación histórica, hay que corregir memorias equivocadas o falsas. Es ahí donde el que hacer de los historiadores va más allá de “reconstruir” la historia, pues se sumergen en la complejidad de decir lo que realmente ocurrió, partiendo de los agentes sociales que incluyen procesos de interpretación, construcción y selección de datos, así como elección de estrategias narrativas por parte de los investigadores.

Sin embargo, “Historizar” las memorias, es reconocer que existen cambios sustanciales en el sentido del pasado, en los lugares, en climas culturales y de las sociedades, en las luchas políticas e ideológicas, desde esta perspectiva, los trabajos de la memoria involucran recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos, hay en juego saberes, pero también hay emociones, huecos y fracturas; existiendo quien rememora y olvida, puede ser un individuo o como parte de las memorias colectivas; los contenidos, qué se recuerda y qué se olvida, de ahí que se tengan presentes las tradiciones, las costumbres, los lazos personales, entre otros; el cómo y cuándo se recuerda y se olvida, puede ser que algunos recuerdos así como también silencios y olvidos se reactiven en momentos de coyuntura. Incluso relacionarlos con factores emocionales y afectivos.

De igual modo, Daniel Pécaut, en su libro “La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria” (2013), trabaja desde la mirada alterna y profunda el término memoria, puesto que rescata el papel de la memoria desde la experiencia, la memoria atemporal y el relato histórico que circunda alrededor de los diferentes

acontecimientos violentos que ha sufrido este país por parte de grupos amparados y al margen de la ley.

Tzvetan Todorov hace alusión al concepto de memoria y al trabajo que se realiza desde ella, pues encuentra relación entre memoria e historia cuando arguye que

“Son complementarias, pues la memoria tiene una potencia que la historia nunca alcanza porque la primera se funda sobre una vivencia interior, mientras que la segunda busca objetivar en la medida de lo posible y no descansa en el relato del individuo sino en el acopio de datos históricos y cifras que permiten probar que la situación era así, pero no dicen cómo la vivía la gente” (Voces de la memoria, 2015).

En esta misma línea, la memoria ejemplar de la que habla Todorov como un hecho pasado que se convierte en un modelo para comprender situaciones nuevas con agentes diferentes, puede encontrar una relación fundamental en el caso de Colombia, en donde los y las estudiantes no pueden ser ajenos y ajenas a la guerra que se vive. Tienen que conocer qué sucede a su alrededor, en ese contexto – marco social-, muchas de sus problemáticas cercanas han tenido que ver con las causas y consecuencias de un conflicto armado que llega a afectar a su familia, sus vecinos, su barrio, su escuela y por ende su mundo. Por ello, es fundamental que se recree la historia de Colombia en las clases de Ciencias Sociales, otorgando un valor fundamental al pasado que se ha vivido y que en el presente es el momento propicio para recordar y conocer. Situaciones que viven los campos no pueden seguir siendo desconocidas por quienes están en la vía del conocimiento del mundo que le ofrece la escuela más allá de sus muros, o verse mediante unas pinceladas de conocimiento extrañas e indiferentes para ellos. Reconocer su historia y lo que ha significado en la vida de muchas poblaciones es reconocer la identidad y la forma de coexistir y lidiar con los problemas actuales, en donde ellos y ellas tienen un papel importante como ciudadanos en formación y futuras personas que representen un mensaje social, activo y productivo en una sociedad con equilibrio en su convivencia y participación ciudadana.

El saber del estudiante y el saber que la escuela a través del docente debe orientar resultan primordiales, puesto que con estos saberes se “establece un ritual de iniciación para la vida”. Una vida que debe responder a una serie de derechos y deberes como ciudadanos y ciudadanas que toman una posición política ante los acontecimientos que generan una abstracción y concreción local – global, que fomentan una interpretación y crítica de la sociedad en la que se desenvuelven, para este caso que empiezan una reflexión en torno a problemáticas tan importantes como lo son la violencia, el conflicto armado y en particular las masacres.

Lo paradójico del caso es que en el mismo campo o espacio “la escuela” no hay mucho lugar para hablar de este tipo de violencia que durante décadas a aquejado este país, pues el tiempo transcurre y, en palabras de Freire, (1972) la trasmisión de conocimientos se debe dar.

La memoria en la escuela debe retratar en sus discursos y por ende en sus acciones pedagógicas lo que ha pasado en nuestro país para comprender las causas de la violencia estructural y sistemática en la que se ha sumergido Colombia. Gran parte de este conocimiento depende de quienes están interesados en recuperar y reparar sobre una serie de hechos que deben ser comprendidos y denunciados, que deben aportar tanto a los educandos como a los educadores las bases para interpretar su contexto, ese contexto en el cuál se desenvuelven muchas veces a tientas sin entender el porqué de lo que ven a su alrededor o alcanzan a vislumbrar a través de los medios de difusión de información o de las redes sociales, que mediante pinceladas efímeras presentan en imágenes la “obscenidad de la guerra”.²

² Véase Marta Cabrera amplía los términos Obscenidad de la guerra, referenciando a Baudrillard (2005), donde retoma la categoría “obscenidad” en su sentido literal *obs*: ocultar, *sceno*: escena, para reflexionar sobre la pérdida de distancia entre la imagen y el espectador, lo que es simbolizado por la escena. De esta forma, la reflexión sobre el significado de las imágenes se dificulta, es decir puede verse todo [...] pero lo que se ve no tiene ya relación con la realidad.

De ahí la importancia de un dispositivo como la memoria, que oriente saberes desde contextos reales, que sea capaz de recuperar y rememorar hechos, discursos y problemáticas, que desde el presente se puedan abordar para que nunca más se queden en el olvido, el silencio y peor aún, en la indiferencia de quien a diario los vive. Ahora bien, la escuela no puede seguir como ese espacio social en que las fronteras se vuelven espacios simbólicos, y estos a su vez son concebidos como un dispositivo fuerte de control, de hegemonía y homogeneización desde una perspectiva de saberes de occidente que no repercuten en una visión de mundo más amplia e inter- conectada con el resto de los saberes identitarios de su propia nación y de otras naciones que han combatido por dejar marcas históricas a través de sus luchas constantes por mantener sus tradiciones, sus rituales, sacrificando sus vidas hacia la liberación de su cultura.

Se deriva, entonces, que una historia de las memorias es lo que necesita la educación en un país como el nuestro, un país que ha dejado de lado su raíces ancestrales con tal de parecerse a otro mundo que desangra la tierra y esclaviza pueblos.

La escuela debería estar contagiada de ejemplos que a lo largo de los siglos ha hecho repensar el papel de los habitantes del mundo. Es así, como la “Archivación” se vuelve un proceso donde se construyen procesos del pasado, la investigación documental cobra vida para mantenerse en los tratados, documentos, historias de vida, relatos, entre otros sucesos y discursos que son necesarios buscar, para que a la luz pública se conozca ese pasado que sólo es posible a partir del presente. Entonces,

“La memoria no es entonces ese almacén de recuerdos donde los acontecimientos del pasado se quedan fijos e inalterados para luego ser rememorados. Ella es, más bien, una construcción que se elabora desde el presente y, fundamentalmente, desde el lenguaje. La memoria es así, una memoria narrada” (Blair, 2002 p. 23).

Recuperar esa memoria narrada es lo que permite fortalecer vínculos de apropiación de un pasado que no permite no ser recordado y que por el contrario necesita volver a ser

representado, volver a manifestarse para que en nombre de ella no se repitan las atrocidades que un día deshumanizaron a unos cuantos, que cayeron en las trampas del poder y peor aún generaron miedos que desataron el engaño, la falsedad, el silenciamiento, el desplazamiento, el exilio, la tortura, la desconfianza y el asesinato.

El campo educativo tiene que hacer necesariamente una mirada a los factores determinantes que enmarcan los conflictos en Colombia y más aún los conflictos armados, en donde los grupos armados legales o no, han desencadenado una violencia estructural y sistemática hace más de un siglo, dejando consecuencias nefastas para víctimas y familiares. En varios casos, estas problemáticas se han mostrado a todo un pueblo mediante los campos visuales de la Televisión y las redes sociales; dicha violencia de las masacres descarnada y sensacionalista – como bien se dijo antes “la obscenidad de la guerra”- es inadmisibles, pues no tiene en cuenta la naturaleza real de todas las atrocidades que se han cometido. Es decir, no hay una contextualización de los sucesos, ni respeto por el sujeto y las causas reales y contundentes de tales actos perpetrados; quienes están desinformados sacan conjeturas de lo que sucede en su contexto nacional gracias a las imágenes y narrativas que acompañan una u otra noticia a la que no se le ha comprobado si es verosímil o no, y que por ende no tiene un proceso de investigación sobre la realidad de los hechos. De ahí, la importancia de hacer uso del lenguaje a partir de la estructura del pensamiento, que se encarga de clasificar y categorizar la información que recibimos, de esclarecer dudas mediante la indagación y la consulta, mediante el hecho de recuperar y recapitular

“[...] la memoria como sostiene Maurice Halbwachs, siempre se refiere a una persona que recuerda algo y que, mediante el lenguaje, puede establecer con otros y otras una comunicación que permita dar cuenta de la construcción de ese pasado que recuerda. En este sentido el lenguaje juega un papel decisivo en la explicación de la memoria” (Blair, 2002, p. 24).

Es la experiencia mediada por el lenguaje y el marco social interpretativo en el que se expresa, se siente y se conceptualiza, puesto que, las palabras se necesitan para construir la experiencia y la subjetividad a partir de eventos y acontecimientos que nos “chocan”, de ahí los mecanismos de transmisión y aprobación simbólica (conocimiento cultural compartido ligado a una visión del pasado), que tienen que ser narrados a partir de la experiencia individual en campos de acción colectivo, es así como toman fuerza para ser relatados, en la interacción con el otro, sin embargo en dicha interacción existen tensiones, contradicciones, discusiones, encuentros, integración, la memoria no podrá entonces ser única

Maurice Halbwachs con sus textos “Marcos sociales de la memoria” y “La memoria colectiva”, refuerza la idea que la escuela deben evidenciar que las memorias individuales, las cuales están siempre enmarcadas socialmente, son posibles a partir de recordar a través de los recuerdos de los otros y de los códigos culturales compartidos, a menudo están recreadas por rituales y conmemoraciones grupales. Toda memoria es más una reconstrucción que un recuerdo, puesto que están enmarcadas en marcos históricos y sociales. La memoria colectiva es la matriz grupal, en la que se encuadran todos los recuerdos que se han vivenciado a través de la familia, la religión y la clase social que dan sentido a las rememoraciones individuales. (Marcos sociales, relaciones de poder) La memoria social es, para él, reforzada por la pertenencia social, por el grupo. Lo individual se desdibuja en lo colectivo, centrar la atención como procesos de construcción, dejar en tensión la existencia o no de memorias hegemónicas, dominantes, únicas u “oficiales”

El papel fundamental de la memoria en la escuela es el de conocer, denunciar y participar en las diferentes acciones transformadoras desde su contexto cotidiano, desde lo local a lo global, generando un campo educativo fuera del miedo, del terror, de la ignorancia y la indiferencia, en donde el poder del discurso y de los hechos combaten a quienes han colonizado y perpetuado el dominio del poder no con autoridad sino con autoritarismo.

Una de las tareas de un docente es la de recuperar la memoria del conflicto, y responder a la necesidad de conocer el pasado violento en torno a problemas sociales desestimados u ocultos por parte del Estado y los grupos que han controlado el poder político de muchas regiones del país. Dicha historia se reconstruye desde las comunidades que han padecido la serie de actos de barbarie, producto de la degradación de la guerra interna, una guerra en la que ha reinado la impunidad y el olvido de los crímenes que se cometen en medio de las hostilidades de los sectores enfrentados.

Son varios los argumentos que pueden sustentar el hecho de reconocer este tema como importante y necesario en las acciones que se generan desde la escuela y por ende desde las narraciones de los docentes, quienes son los llamados a sentar posiciones, formular posturas y orientaciones frente a lo que sucede no sólo en su contexto cercano, sino también en su qué hacer como ciudadano y sujeto político conocedor de la aldea global. (McLuhan, M. y Powers, B. R, 1995). El papel del maestro se vuelve fundamental en los diversos contextos educativos, pues de sus distintas visiones depende en gran medida la elaboración de pensamiento comprensivo, argumentativo y crítico de los ciudadanos y futuros ciudadanos que tiene a su cargo. Hay que recordar que una de las razones relevantes de la escuela y para el caso del docente es “Formar sujetos políticos” (Hoyos, 1995)

Entonces, los discursos de los educadores deben propender por esclarecer en la formación de los estudiantes todos los sucesos que están a su alrededor y que en muchas ocasiones se vivencian desde la información flotante que se presentan en los diversos medios de “comunicación”; además, dichos medios no se pueden convertir en el primer agente regulador de conocimiento y mucho menos de formación comprensiva, inferencial y crítica de la realidad circundante de las personas, para este caso de los jóvenes. De tal manera, que hablar del ejercicio de la docencia es conocer y re significar diferentes fenómenos que suceden a nivel local y global, puesto que, los conceptos y apreciaciones que se formulan frente a dichos fenómenos enmarcan las visiones de mundo, con los que ellos mismos y los educandos enfrentan el mundo.

En este punto de contraste, es en donde la memoria permite recuperar identidad, raíces, arraigos culturales y un sin fin de reconocimientos como estado, como nación, pero también implica reconocer formas de territorio, de enlace, de vínculo y comunicación con los próximos y los prójimos, con los extraños y los ermitaños, con las comparaciones y formas de vida quizás igual de miserables o elitistas de otras culturas. La memoria en nuestro país, nos hace recordar las narraciones de otros pueblos que también han sufrido el exterminio y abandono de la guerra, generado por el poder económico y político, sin mayor atención del Estado y sin respaldo de comunidades internacionales.

Los discursos de los docentes tienen una disputa ardua entre cuáles son las metodologías acordes, formas de enseñanza y orientación que se deben tener en cuenta para empezar a formular un trabajo desde el reconocimiento histórico y de memoria sobre la realidad de nuestro país y aún más sobre el conocimiento de dicha realidad –para el caso de Colombia, las distintas masacres campesinas perpetradas durante años de indiferencia y olvido en el siglo XX- en los jóvenes en formación. Uno de los factores determinantes que encierra el campo educativo es la capacidad de pensar de forma autónoma, en donde se propende por la reflexión constante sobre la realidad y los acontecimientos que generan dominación, violencia e injusticia social.

Violencia e injusticia social que están presentes en sus vivencias locales, pero que también hacen parte de su territorio y ha trasgredido otras culturas. Conocer sobre este tipo de violencias e injusticias, enmarca el conflicto colombiano y de las masacres en un tipo de problemática que se debe abordar desde las instituciones educativas, porque hacen parte de las políticas mundiales que se establecen en detrimento de las políticas de varios Estados en vía de desarrollo, para el caso particular nuestro del Estado colombiano efectos de una negativa forma de concebir la globalización. Entonces, aparece una posición más del docente, en la que tiene el papel de ser el vínculo principal y mediador de la comunidad educativa, en donde su directo objetivo a desarrollar sea la capacidad de fomentar un trabajo transformador en las visiones de sus educandos, generando en ellos la duda, la

incertidumbre, la preocupación y la distinción entre los flujos *hegemónicos* de los flujos *hegemonizados* (Santos, 1993), es decir configurar un punto de vista global en los estudiantes, en donde éstos se den cuenta de qué tipo de empresas trasnacionales (Beck, 1998) mueven sus hilos invisibles, fomentando espacios globales que crean redes desiguales, dominando territorios y pueblos enteros bajo un consumo que genera endeudamiento, subyugación y pobreza no sólo económica, también mental, en donde los flujos de comunicación se ubiquen en discursos informacionales que minimicen el pensamiento de quien los capta e incluso los confunda, con el fin de generar dependencia hacia sus productos, sus relatos y sus planes de vida homogeneizantes.

De ahí, que las orientaciones de las diversas áreas, en especial la de Ciencias Sociales, den cuenta de lo que está sucediendo a nivel local y global, denunciando cuáles son las verdaderas intenciones de un poder dominante que busca seguir viendo a nuestro país como un mercado de explotación en potencia, no sólo de sus recursos naturales, sino también de las personas y su mano de obra, que generalmente es mal remunerada.

No en vano existió el reclamo de un grupo de campesinos ante las condiciones infrahumanas de trabajo y pago al que estaban expuestos en 1928 –masacre de Las Bananeras-; las siguientes oleadas de violencia durante los años 50, 60 y 70, fruto de la usurpación de tierras a campesinos por parte de terratenientes o grupos de empresas con inversiones extranjeras que se apropiaron de hectáreas enteras de tierra para su propio beneficio económico; la guerra por el control del narcotráfico en los años 80 y un conflicto armado desde dicha época hasta nuestros días a cargo de grupos ilegales como la guerrilla, los paramilitares, las bacrim, entre otros estamentos estatales como el ejército y la policía que aliados o enfrentados han dejado a la población civil en una aldea flotante económica, social, política y cultural, en donde su desplazamiento forzado y la muerte cruel e inhumana retrata la sevicia del poder económico y político que avala el Estado mediante sus actos de acallar y continuar encubriendo dichos actos criminales con el fin de seguir nutriendo sus arcas de dinero y la de empresas trasnacionales que ven en Colombia, sus formas de obtener recursos como un paraíso de poder y enriquecimiento.

El papel orientador de la escuela es fundamental, no se puede desconocer que quienes están llamados a hacer estos procesos son quienes pueden optar por otro tipo de visiones, otro tipo de orientaciones asertivas y fundamentales para asumir que la calidad humana magnifica líderes y libera obreros de pensamiento. Todas las acciones de los grupos de jóvenes, están permeadas por los grupos que circundan sus contextos; ya sean grupos sociales, artísticos, familiares, de juego, entre otros. La comunidad educativa también adquiere un rol especial y específico para centrar, diferenciar y asemejar el reconocimiento que se tiene del pasado, viviendo en el presente y planeando el futuro de cada uno los jóvenes. La escuela no puede ser ajena a las iniciativas de memoria que se proponen desde diferentes grupos y ahora en boga el Centro Nacional de Memoria Histórica y, el Centro de Paz, Memoria y Reconciliación, quienes se han encargado del conocimiento y divulgación del conflicto que ha vivido este país durante más de medio siglo.

La orientación que el educador debe brindar se debe ver influenciada por el mismo fenómeno de la globalización en cuanto al conocimiento, los argumentos y postura crítica al sistema, develando posibles situaciones y actuaciones que conlleven al educando a dicha transformación con el sentido de entender el mundo y su papel en él. También mostrando como fuerza renovadora las instituciones educativas como la familia y los medios de comunicación, agentes reveladores de verdades y controles que enmarcan vivencias de otros, desde distintos ámbitos económicos, políticos, sociales, culturales y geográficos. (Rodríguez, 1996)

Plantear un proyecto que contribuya a transformar la praxis es urgente. Pero más urgente es cambiar el sistema educativo, liberarse de los estándares y las competencias que tienen maniatados a quienes todavía pueden actuar diferente, reconociendo en otras culturas las posibilidades de humanidad que circunda dentro de los principios de solidaridad. Identificar las causas y las consecuencias; así mismo, conocer los factores determinantes de las diversas realidades, contribuye a aterrizar las conciencias sociales que todavía circundan en nuestros y nuestras jóvenes.

Las enseñanzas de los maestros deben estar enmarcadas en diferentes formas de trabajo que atiendan a la recuperación de la memoria, no sólo como una herramienta de trabajo, sino como un dispositivo de acción que confronte lo que ha sucedido durante el siglo XX en términos de violencia y masacres y los hechos que se presentan en la actualidad.

No se pueden seguir desligando las distintas formas de violencia, para este caso esa violencia generada por grupos ilegales o legales de la enseñanza que se imparte en la escuela, plantear un plan de estudios a partir de lineamientos y estándares curriculares a nivel nacional es desconocer cuáles son los hechos de gravedad que han perpetuado las instancias de poder que legitiman la violencia que hoy en día se sigue fraguando en los campos y por ende en las urbes.

Las iniciativas a partir de proyectos de memoria deben seguirse promoviendo no sólo en las instituciones gubernamentales como es el caso del Centro Nacional de Memoria Histórica, sino que tienen que trasladarse a las escuelas, se hace necesario la divulgación y conocimientos de los diferentes informes y casos emblemáticos que han salido a la luz pública, es urgente conocer testimonios que representen una “voz intermedia” como bien lo enuncia Barthes, que busquen de una manera u otra describir o narrar superando las tensiones entre la reconstrucción objetiva del pasado y el intercambio dialógico con los actores que han vivenciado la violencia de los eventos disruptivos y dispositivos del terror como lo son las masacres. Es válido tener acceso a este tipo de conocimientos que son muy ajenos a nuestros y nuestras estudiantes, para este caso, a los y las estudiantes de Básica Secundaria del Colegio Veinte de Julio.

Bibliografía

- Blair, E. (2005). Memorias de violencia, espacio, tiempo y narración. *Controversia*, (185), 10-19. Recuperado de 1215 *Cambios y Permanencias*, ISSN 2027-5528, Vol. 8 No. 2, julio-diciembre de 2017, pp. 1202-1216

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100925102035/memoriasControversia185.pdf>

Beck, U. (1998). *¿Qué es la Globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Editorial Paidós.

Freire, P. (1972). *Pedagogía del Oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina Editores.

Hoyos, G. (1995). *Ética para Ciudadanos. Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR*. Bogotá: Universidad Javeriana.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España Editores

Ministerio de Educación Nacional (MEN) (2004). *«Estándares Básicos de Competencias en Ciencias Naturales y Ciencias Sociales»*. Colombia.

McLuhan, M. y Powers, B. R. (1995). *La aldea global. Transformaciones en la vida y los medios de comunicación en el siglo XXI*. Ed. Gedisa. Barcelona.

Rodríguez, H. (1996). *Educación y educadores en el contexto de la globalización*. México: Universidad La Salle.

Santos, M. (1993). *Los espacios ocultos de la globalización*. París: GEMDEV

Todorov, T. (2000). *Los Abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós.